

regalada como don, y una vez que se ha descubierto esto cualquier renuncia vale el precio de una vida nueva en el Amor.

No puedo vivir y anunciar la “buena noticia” si no lo es para mí. Tengo que haber experimentado en mi vida que el Amor de Dios es más grande que todo lo demás y que merece la pena embarcarse en esta aventura, y no solo como un “fervorín” después del primer encuentro o como un razonamiento lógico, sino como una experiencia que es capaz de hacerme “nacer de nuevo” y convertir mi vida al Amor.

El “sí” a Jesús no puede depender de mis estados emocionales o afectivos (si estoy bien creo y me comprometo, si estoy mal dudo de todo y me encierro en mi mismo); ni tampoco de los razonamientos que me resulten convincentes o no (si lo comprendo doy pasos, si para mí no es lógico me estanco en razonamientos que no me llevan a ninguna parte).

Al final, la vida me la voy a jugar desde la intuición y la confianza. No todo está en mis manos y en esta partida no puedo manejar toda la baraja. Solo me ha sido concedida una pequeña parte del puzzle, pero esto es bastante para ser feliz y para “colaborar gozosamente en lo que Dios quiere de mí”.

Dios apuesta por mí, Dios apuesta por cada uno, cree tanto en cada uno que no tiene suplentes para construir el Reino si alguno le dice que no, y aún así regala la libertad como don para que seamos nosotros los que decidamos o no hacer posible su sueño.

Si le respondo me ama, si le fallo me ama, si le niego me ama, su Amor es incondicional y no depende de los méritos que yo haga, me ama por lo que soy y no por lo que hago, y en su mirada siempre me ve como estoy llamado a ser.

Estad alegres, porque vuestro “sí” es a un proyecto de vida. Fiaros del Amor, dejáros soñar por Dios y vuestra vida será un sueño. Vivid y contagiad la alegría del Evangelio.

“Tú sabes que te quiero”

Terminar dando gracias a Dios por su Amor.



Catequesis para adolescentes

AMBIENTACIÓN

Plantear la catequesis como un momento de oración.

Ambientar la sala de modo que los chavales puedan sentarse cómodamente (mejor en el suelo, con cojines, repartidos de modo que puedan tener un espacio propio), repartir papel y bolígrafos a la entrada para que los que quieran puedan escribir lo que van sintiendo o responder a las preguntas del documento. Poner en un extremo de la sala un icono que centre la atención de los chavales (el “Cristo de Javier” o alguna otra imagen de Jesús que sea “cálida” y acogedora para los chavales).

Una vez que se han sentado, el catequista les invita a centrar la mirada en el icono (sería bueno que el catequista estuviese detrás del grupo para que todos los chavales puedan mirar al icono durante la oración sin distraerse con el catequista).

Comenzamos con una canción para crear un ambiente de escucha: *Si conocieras el don de Dios*, Hna. Glenda (en: *A solas con Dios*); *Todo está en tu adentro*, Brotes de Olivo (en: *Cómo te podré pagar*); *Con amor eterno*, Ain Kareem (en: *Según tu palabra*) o cualquier otra que sea “suave” y les hable del Amor de Dios.

LECTURA DEL TEXTO

Una vez que termine la canción el catequista les pregunta:

Pero... ¿tú sabes que te quiero?

Deja unos momentos de silencio y comienza a leer despacio el texto. Es importante leer pausadamente el texto y dejar tiempo de silencio entre cada parte para que vaya “calando”; se trata de que los chavales puedan “sumergirse” y hacer suyo el diálogo, y posteriormente ir respondiendo personalmente a las preguntas que se plantean.

La lectura del documento puede llevar unos 30 minutos más o menos si se intercalan adecuadamente los silencios. Tras la última parte sería bueno “hacer un eco” de lo experimentado: ¿cómo me siento?, ¿con qué me quedo de lo que he escuchado?, ¿cuál es mi experiencia de relación con Jesús?, ¿a qué me siento llamado por Él?...

Despertando el Amor

No pude evitar emocionarme, fue cruzar la mirada y quedar prendado de ella.

No le hizo falta ni una sola palabra para llegar al fondo de mí, sus ojos me traspasaron y despertaron en mis entrañas sensaciones que nunca antes había sentido.

Comencé a llorar como un niño, de esas veces que lloras sin importarte los demás porque en realidad los demás habían desaparecido de la escena, fue como si el mundo se detuviera y estuviéramos solo los dos.

Estuvimos mirándonos durante mucho tiempo, yo era incapaz de apartar mis ojos de aquel remanso de paz que se me ofrecía gratis, y Él, por su parte, me ofrecía aquella mirada cálida sin ninguna condición previa.

Mi corazón olvidó de repente el mar de dudas y miedos que normalmente lo zarandea y se dejó acunar en la ternura que manaba de sus ojos. Cuando acabé de llorar, Él me ofreció una sonrisa, y tendió su mano hasta tocar mis mejillas para enjuagar mis lágrimas, besó mis ojos y me dijo:

«Porque eres precioso ante mí, de gran precio, y yo te amo (Is 43, 4), te elegí antes de que salieras del vientre materno (Jr 1, 5) y con amor eterno te quiero (Is 54, 8)».

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra: por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. Porque para Dios nada hía imposible”. Dijo María: “He aquí la esclava del Señor, **hágase en mí según tu palabra**”». (Lc 1, 30-31. 35. 37-38)



¿Me hace feliz el Evangelio?

No os dejéis engañar, Dios me llama a ser feliz, Dios me sueña alegre, Dios me propone vivir en plenitud. Parece que optar por el Evangelio es una desgracia que nos ha caído cuando debería ser todo lo contrario. ¡Qué suerte he tenido de haber conocido a Jesús!, ¡qué agradecido tengo que estar por haber descubierto el verdadero Amor!

Este último “encuentro” nace de la alegría de saberse amado y llamado a construir el amor. Desde un corazón agradecido y dispuesto a dejarse amar para poder amar, se abre un nuevo mundo de posibilidades para “vivir en abundancia”.

¿He descubierto el gozo del Evangelio? ¿Realmente este Amor me ha robado el corazón?, ¿realmente Jesús de Nazaret y su Evangelio son lo que da sentido a mi vida, y más aún, un sentido gozoso de la vida, la mía y la de los demás?

Este tercer “sí” me lo voy a jugar en las entrañas, es en las tripas donde se hace posible el Amor, es en el seno donde las cosas pueden nacer si se les da el tiempo y el cuidado necesario. Después de los dolores del parto viene la alegría de una nueva vida

Quiero vivir como Jesús, pero acabo viviendo como todo el mundo, y aunque al principio luché por ser distinto, acabo “asumiendo” que las cosas son así y que tampoco es para tanto. Tampoco hace falta que cambie: ¿o sí?

Seguimos con los “encuentros” y parece que esto de la vocación va a tener algo que ver con la libertad. Un encuentro entre la libertad de Dios que me elige como soy y mi libertad que elige el Amor.

¿Tengo que perder mi libertad para seguir a Jesús? Dios me dio la libertad, es un don que recibo de Él porque el Amor necesita la libertad como condición previa. Sin embargo, cuando llega el momento de las opciones parece que Dios nunca coincide con nosotros, con nuestros gustos, con nuestros proyectos, con nuestros sueños...

Este segundo “sí”, me lo juego en la mente. Es mi razón la que tiene que ponerse en la “lógica del Evangelio”, y os aseguro que el Evangelio no es muy “lógico”, al menos según nuestros parámetros. Me cuesta aceptar tantas renunciaciones, me cuesta aceptar salir de mí para acercarme al otro, me cuesta comprender el porqué de muchas cosas que pasan en el mundo y en mi vida...

En este momento aparecen los miedos: ¿y si Dios no existe?, ¿y si todo ha sido una “comedura de tarro”? ¿y si me equivoco?, ¿y si no soy capaz?, ¿y si...?. Y ante estos bloqueos la primera víctima es mi libertad.

Confundimos ser libres con hacer lo que nos da la gana o con estar cómodos, y la libertad es mucho más que eso. ¿Quién es más libre el que es capaz de abandonarlo todo por Amor o el que se queda atado a sus cosas o a sus proyectos por miedo a perder?

“Todo lo que no se da se pierde”, y esto vale también para la libertad, si no puedo responder de manera gratuita e incondicional a un Amor que se me da gratis y sin condiciones no podré seguir a Jesús. El Amor siempre exige la persona entera.

El gozo de un Sí

«El ángel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

Al principio me alimenté de sus caricias y de las palabras de amor que me susurraba constantemente, es como si mi boca estuviera sellada y mis oídos, cerrados tantas veces, hubieran descubierto nuevos caminos para escuchar aquellas palabras que llenaban mi corazón y mi alma.



Sus brazos se abrieron en cruz y pude posar mi cabeza en su pecho, el ritmo de su corazón curó mis heridas y, una vez más, sus ojos se cruzaron con los míos y me enseñaron el gozo de amar.

¿Estoy enamorado?

Dicen, y yo lo creo firmemente, que el amor nace y se hace en el encuentro. Decía también Ortega y Gasset que «la vocación no se inventa sino que se encuentra» y, ¡qué “casualidad”!, aquí estamos para ver si somos capaces de «encontrar nuestra vocación».

Quizás esto de la vocación va a tener algo que ver con encontrarse con alguien, y quizás también tenga algo que ver con el Amor; porque vosotros sabéis que Dios os quiere... ¿verdad? ¿Tú sabes que Dios te quiere?

¿Necesito estar enamorado para seguir a Jesús? Sinceramente, creo que sí, creo que es imprescindible haber descubierto en Jesús de Nazaret más que un modelo a seguir, un Amor a acoger. Haber sentido en las entrañas el desbordar de su Vida y haber cruzado los ojos con Él hasta “descubrirse mirado”.

Mi primer “sí” a Dios tiene que nacer del corazón, de ese encuentro gozoso con un Amor que me desborda y que es capaz de acogerme en mi debilidad. Tengo que haberme sumergido en el encuentro con Jesús para que mis ojos y mi corazón aprendan a estar pendientes de sus palabras y de sus gestos. Si no he experimentado ese Amor de Dios no puedo decirle “sí”.

¿Es este Amor el sentido de mi vida? También apuesto por un “sí”, creo que esto de ser cristiano y seguir a Jesús también tiene mucho que ver con haberse sentido llamado por este Amor. Quizás eso que llamamos vocación no sea más que haber escuchado al Amor que nos llama por el nombre y nos invita a recorrer juntos el camino de la vida.

Cuando sé quién soy y dónde voy todo tiene sentido, es la ventaja que tenemos los que nos sabemos llamados, los problemas, las dificultades, el sufrimiento aparecerán igual que a todos, pero la vocación da sentido a todo ello y lo enmarca dentro de un plan de amor, en el que el Amor siempre es más fuerte que todo lo demás. Dios ya me soñó, y os aseguro que los sueños de Dios son preciosos para todos, quizás mi parte sea solo dejarme soñar.

Pero...¿he tenido yo algún un encuentro con Dios? Cuántas preguntas se agolpan en mi cabeza si me planteo un encuentro con Dios, ¿qué voy a sentir?, ¿aparecerá el Espíritu?, ¿cambiaré radicalmente?, ¿descubriré por fin todo lo que no entiendo? Confundimos lo sagrado con “la magia”. Dios es mucho más humano que nosotros mismos y la mayoría de las veces pasa a nuestro lado y no nos enteramos, estamos más pendientes de “nuestras historias”, de la gente o del ipod que de lo que Dios nos propone, pero Dios cuenta con nosotros como somos para hacerse presente, y sin duda aprovecha toda ocasión que le brindamos para sembrar su Espíritu en nosotros.

Lo más sagrado que Dios ha hecho es el hombre, cada uno de vosotros ya es “templo del Espíritu Santo”, ya sois lugar de encuentro con Dios, solo falta que seáis conscientes de ello y que os dejéis hacer por el amor que os habita. Dios ya vive en vosotros, y eso es sagrado.

Un encuentro de libertades

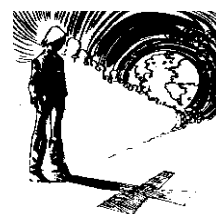
No sé, a veces preferiría no haber descubierto el Amor.

Preferiría no haber sentido aquella alegría y aquella paz que solo Tú me das. Preferiría seguir siendo un ignorante y no comerme la cabeza con tantas historias.

Solo quiero ser uno más, como la mayoría de mis amigos, que no se cuestionan el porqué de las cosas y simplemente se limitan a hacer lo que más les gusta sin preocuparse de las consecuencias o de los demás.

No quiero ser diferente, quiero una vida cómoda y tranquila, aspiro a lo que todos y paso de soñar con utopías que no pueden realizarse. Me gusta la “buena vida” y paso de complicarme con historias.

Quisiera olvidarme de todo lo que he aprendido contigo y empezar de cero, no sé si sería más feliz, pero seguro que me comería menos la cabeza.



Perdóname, soy un egoísta, solo pienso en mí y no tengo en cuenta todo lo que Tú me das.

Tú me conoces, sabes que soy un sinvergüenza y que acabaré fallándote. Soy un incoherente y tengo un saco lleno de pecados que vuelven a repetirse una y otra vez.

No es que no quiera, ¡es que no puedo!, soy demasiado pequeño, la vida me supera, y yo también tengo derecho a vivir tranquilo.

¿Por qué tengo que preocuparme yo por los demás?, ¿se preocupan acaso los demás por mí? Al final esto de ser cristiano va a consistir en ser tonto y que todo el mundo se ría y se aproveche de ti.

Tú sabes que no puedo, tendrías que haber elegido a otro, yo no me merezco tu Amor, me da pánico jugarme la vida por un sueño que no sé si me va a hacer feliz.

¿Mi libertad es mía?

Llega el entusiasmo del primer encuentro, he descubierto que Dios me Ama, y es una noticia que no puedo callarme. Me siento tan feliz y tan lleno que le cuento a todo el mundo como ha sido, me paro en cada detalle y repito una y otra vez la misma historia delante de todos los que se cruzan en mi camino. Algunos se ríen de mí y me dicen que estoy chalado o que me han comido el coco, pero a mí me da igual.

Me tomo mucho más en serio el grupo, quiero proponer alguna actividad de voluntariado a ver si se animan algunos y vamos juntos, incluso he empezado a hacer oración. No pierdo contacto con la gente del encuentro y nunca he usado tanto el tuenti.

Pero poco a poco la “cruda realidad” se va imponiendo, y como pasa siempre, los grandes propósitos se quedan a mitad de camino y la rutina cotidiana vuelve a ocupar mi tiempo y, de nuevo, mi corazón.